

CAUSERIE

—
LA LANZA DE D. JUAN PABLO LÓPEZ

—
(Al Sr. General D. Benjamín Victorica)

—
“Difficile est propria communia
dire. —HORAT.

Es difícil expresar en términos
escogidos las cosas comunes.

Este D. Juan Pablo López era, como ustedes saben,
hermano de D. Estanislao López, el caudillo pa-
triarcal de Santa Fe; y lo más parecido a él
que tenía, era el apellido.

Rozas, que poseía un talento gauchesco, para po-
ner sobrenombres, le puso, el *pelafustán*, y los uni-
tarios le llamaban *maskarilla*, por ser picado de
viruelas.

El primero no lo quería, porque era su enemi-
go, —razón de antipatía que me parece óptima.
Entre los segundos, no tenía crédito, porque,
con todas sus camándulas de caudillo, se dejó der-
rotar lastimosamente en *Malabrigo*.

De ahí la severidad con que el General Paz lo
trata en sus “Memorias”. Verdad que son pocos
los que se le han escapado al adusto vencedor de
Quiroga.

Pero aquí no vamos a hacer historia, ni cosa
que se le parezca, sino a contar un cuento al caso,
—aunque un cuento, siendo verdad, puede conte-
ner más enseñanza que todo un volumen, repleto
de consideraciones trascendentales sobre el pasado.
Por lo demás, no pretendo sustraerme a la regla
general de La Bruyère, el cual afirma que *contar*
siempre, es una de las señales de la mediocridad
de espíritu.

Don Juan Pablo López, entre sus muchos defec-
tos, tenía una virtud: el valor.

Físicamente, era un hombre enjuto, acartonado,
movedizo, ágil, jinete como hay muchos en nues-
tro país. No está de más, sin embargo, agregar, que
su talla era la mediana, que tenía la frente lisa, cha-
ta la mollera, deprimidas las sienes, lacio el ca-
bello, y poco abundante, como la barba, que, por
otra parte, no usaba. Sus ojos eran grandes y ne-
gros, como los del pato silvestre, su tez trigueña, su
nariz regular, un tantico respingada, sus labios
sensuales, —y, en efecto, el hombre era aficionado...
a bailar... y bailarín.

Hablaba por los codos, y en lo que más creía

era en su lanza...

Era tan hablador, que un día se me quejaba de su ministro general, Dr. D. Juan Francisco Seguí, hablador sempiterno también, pero de otro coturno intelectual, y me decía, quebrándose como un *compadre* : "amigo, ¿y cómo quiere que se gobierne, si el ministro se lo habla todo y no me deja hacer baza a mí?"

Matemático: dos cuerpos electrizados en el mismo sentido se repelen. Tenía, pues, que haber una emulación profunda, entre el Gobernador y el Ministro, y la había.

Y ¿por qué no lo cambiaba? -dirán ustedes.

Ah!, esa es harina de otro costal; tendríamos que entrar a espulgar misterios domésticos constitucionales de la época a que me refiero.

D. Juan Pablo no solamente era muy conversador, sino que tenía su fraseología y terminología, peculiares, características.

Una vez, por ejemplo, refiriéndose al General Urquiza, y queriendo significarme que él no era menos que otro, me decía esto: "*Porque amigo, ni naides es menos nada, ni nada es menos naides.*"

D. Juan Pablo gobernaba constitucionalmente, hasta donde era posible, con un ministro que no lo dejaba hablar, su provincia natal.

Sus intenciones eran buenas. Pero como de buenas intenciones está empedrado el infierno, el resultado es que su gobierno era infernal, —no porque se persiguiera y se matara, no porque se despilfarrara (Santa Fe era muy pobre entonces) sino porque no se hacía nada.

Y ¿cómo se había de hacer, si el ministro se lo hablaba todo?

D. Juan Pablo dormía, pues, la histórica siesta santafecina; se bañaba por la tarde, en el Riacho, o se hacía sacar la caspa brava, con una china, en el patio del cuartel, sentado en una silla, sin ofender la moral, con un traje parecido a aquel con que:

“.....Andaba allá por los oteros
Floridos del Edén o por los llanos,
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos.”

Yo era periodista entonces. Apurado por el hambre, me había refugiado en ese oficio, que es un medio de vivir, que no siempre da de vivir. Pero el público es tan indulgente y tan generoso que me leía lo bastante para costear el pan de cada día. Su gusto no estaba formado aún y la cosa se comprende así, por aquello de que "a falta de pan,

buenas son tortas.”

Naturalmente, siendo yo periodista, debía tener mis tocamientos con el Gobierno, o con la oposición.

Oposición....?

Este engranaje, suplementario, en el juego de las instituciones libres, no se conocía aún por allá, — por la sencillísima razón, aparte de otras, de que no había más aspirantes al Gobierno, que los que lo tenían.

¿O son ustedes tan cándidos que se imaginan que la oposición -sepa o no a derechas lo que es un Gobierno,— estriba en otra cosa, en los pueblos libres, más o menos bien gobernados?

Porque, al fin y al cabo, ¿qué oposición ha de haber donde nadie puede ni hablar, sin exponerse a que le den una paliza?

Echense ustedes a nadar, y pregunten qué oposición había en el Paraguay, en tiempo de Francia o de López, —o si quieren ustedes una cosa más casera, en tiempo de "mi tío" D. Juan Manuel?

La opinión había puesto los pies en polvorosa, y estaba en Montevideo o en Chile, y era *altro* que oposición.

Y, sin embargo, vean ustedes mi situación personal no habiendo oposición, era sumamente difícil.

Primero, porque no tenía a quién contestarle; segundo, porque a fuerza de ponderar lo que no se hacía, mi fósforo cerebral se agotaba; y tercero, por que el único conflicto de opiniones que existía, era entre el Ministro y el Gobernador, —y mi malhadada suerte me había colocado entre ambos portentos rivales de locuacidad.

Señores, ustedes no tienen idea de la gimnasia que yo me veía obligado a hacer. Daba lástima!

Si elogiaba al Gobernador, el Ministro no firmaba las planillas de la imprenta oficial. Y, como ustedes saben por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan, —y yo tenía mucha hambre a la sazón.

Y, si lo elogiaba al Ministro, el Gobernador se me retobaba, y presentarle las planillas con la firma del Ministro era como que le dijeran, en sus barbas, que D. Justo valía más que él.

D. Justo era Urquiza, al que le tenía una envidia bárbara.

Mi desarrollo intelectual ha sido más precoz que mi desarrollo moral, de modo que he escrito muchas cosas sin saber nada.

Probablemente, como Vds.

Ah! pero un hombre que no ha comido es capaz de resolver el problema de la cuadratura del círculo, y yo había resuelto el mío, escribiendo unos

artículos pirotécnicos, *bi-laterales*, en los que lo ponía a D. Juan Pablo, como hombre de acción, por los cielos de la gloria, y al Ministro, por ahí, como hombre de pensamiento (hay que decir que era una gran ilustración sin equilibrio).

"Con el heroico, —rezaban las coplas— Brigadier General D. Juan Pablo López, vencedor en cien batallas (menos Malabrigo) y el ilustrado Ministro General, —los destinos de Santa Fe, están asegurados, etc. etc."

Me adoraban, y aunque yo comprendía que cada uno tiraba para su lado, y que ese columpio podía fallarme, no había remedio; tenía que seguir haciendo mis piruetas en él.

Ah! señores periodistas, si pudierais no escribir de hambre, si pudierais hacer el arte por el arte,— qué buenos diarios no tendríamos! y qué baratos! Ya he dicho que Santa Fe dormía.

Una mañana se despertó con esta noticia: "El congreso del Paraná, había votado una ley de indemnidad en favor del Libertador de Caseros."

Don Juan Pablo, que tenía a su vez cuentas que arreglar con su provincia, se dijo: "yo también quiero una ley como esa; ni naides es menos nada, ni nada es menos naides."

Se puso en campaña.

Nos puso a todos en movimiento.

En el salón de la casa de Gobierno, en un rincón, había un emblema de los tiempos: su lanza descomunal de palo del Chaco, con reluciente moharra musulmana.

Fue, la tomó, la blandió, —y pensó que bien valía su lanza la lanza del general Urquiza... un mundo de cosas... "Esta vez me dejará hablar el Ministro."

Se insinuó....

El Ministro comprendió que la situación era grave, y lo dejó hablar al gobernador.

Mas vale maña que fuerza.

El ministro quería ser gobernador; D. Juan Pablo tenía otro candidato. Resolvió, pues, explotar la situación. Accedió y redactó el mensaje, acompañando el proyecto de ley.

D. Juan Pablo se enterneció, y por primera vez encontró que la palabra de su ministro no era molesta.

Yo eché mi párrafo en un articulazo... que por poco no me besa, D. Juan Pablo.

Santa Fe estaba agitado.

¿De qué otra cosa se había de hablar, desde que se trataba de una ley, declarándolo impecable al señor gobernador?

Los chasques iban y venían, con oficios dirigi-

dos a los comendantes militares de los departamentos. La partida de plaza sobaba caballos, como si hubiera una invasión de indios.

Estaban tan cerca las fronteras también!

Ahora, todo eso, desierto entonces, se llama el "País del trigo". Tendremos que esperar algunos siglos para ver las ruinas de la civilización actual y bárbaros de otra catadura, venidos quién sabe de dónde, habitando aquellas ricas comarcas devastadas de nuevo.

Santa Fe era de D. Juan Pablo, y D. Juan Pablo tenía que ser de Santa Fe, tanto más, cuanto que su apellido era una tradición.

Usanzas viejas. Luis XIV decía: "el Estado soy yo". Y la Francia *mi rey (mon roi)*, como implicando con el posesivo que todo quedaba en casa. ¿Cómo permanecer indiferentes?

Yo mismo, a fuerza de zurcir mis artículos, me había electrizado, y despedía unas chispas de entusiasmo, que ni Camilo Desmoulins escribiendo en plena Revolución.

Pobre Camilo! como dice Sainte-Beuve; él decía tengo una buena almohada, sobre la que puedo dormir tranquilo, en mis doce volúmenes sobre las Revoluciones de Francia y de Brabante. Yo decía lo mismo, mis artículos me parecían impagables —un escudo,— había en ellos tanta buena fe de circunstancias! Qué buena fe tan común!

Oh! mundo de las quimeras!

Oh! terrible realidad!

A Camilo lo guillotinaron, y a mí me desterraron al poco tiempo, después de tanto *dévouement* ... por la pitanza, dirán Vds.

Pas du tout.

Vean ustedes, me había remontado tanto, —todo es cuestion de medio ambiente,— que creo que habría pagado, porque me dejaran escribir. Ya tenía ínfulas de escritor, y creía que con mi pluma podía conmover la República entera.

Pero tomemos el hilo interrumpido de lo que llamaremos la narración.

Los padres de la patria estaban reunidos en la Legislatura. Se esperaba un debate tremendo. Algo se debía esperar de una Legislatura. El gobernador y sus adeptos esperábamos en la casa de Gobierno. Los emisarios iban, venían. Todavía no hay número, decían. Ya hay número. (Por qué no había teléfono entonces?) Ya entran. Están leyendo el acta de la sesión del año pasado. (La Legislatura hacía unas huelgas...)

Ahora nomas habla el Ministro.

Y D. Juan Pablo se olvidaba de sus quejas y me

decía: "Veremos cuando hable el Ministro!"

—Ahí está hablando el Ministro, viene uno y dice.
D. Juan Pablo aplaude, yo aplaudo, todo el mundo aplaude, y zapatea....

Llega un sargento de policía, se tira del caballo, y arrastrando la charrasca, grita: "Dice el Ministro, que ya viene."

—Nada mas? —nos dijimos todos.

Habrán rechazado la ley?

Tiene tanta ingenuidad el elemento oficial, que á veces, llega a dudar hasta de su propia fuerza, computando mal los votos.

El Ministro llegó.

Se detuvo en la puerta, se encumbró, y era alto, miró en torno suyo, le clavó su mirada de fuego al Gobernador, y tomando una apostura ciceronia, exclamó con voz de trueno:

—Victoria!

Nos quedamos aterrados. ¡Victoria! repercutirán las macizas bóvedas del tiempo colonial.... victoria.... victoria.... toria... ia... aaa...

Don Juan Pablo se levantó, abandonando la silla de vaqueta de estructura conventual en que esperaba presa de indescriptible emoción, corrió como un galgo al rincón donde yacía su lanza, la empuñó, la hizo vibrar, giró en círculos concéntricos, vertiginosos, sobre las puntas de los pies, y quedándose en la actitud grotesca en que un artista manco habría modelado a un héroe legendario de comedia, exclamó tonante:

—Ahora, veremos qué dice Urquiza!

Don Justo, hablaba tan mal del pobre...!

Por fortuna, mi noble amigo el gobernador Gálvez habla poco, y no tiene lanza en la casa de Gobierno.

Tiene, en cambio, tintero y pluma, y una oposición excelente, cuyas tendencias no discuto; pero cuya existencia y realidad prueban, según mis teorías, que en la tierra de D. Estanislao López se gobierna ahora un poco mejor, que cuando yo no encontraba vocablos bastante expresivos o rimbombantes, en el Diccionario, para ponderar las excelencias del esclarecido y archi-constitucional gobierno del Excelentísimo señor Brigadier General D. Juan Pablo López, que en paz descanse...
No tenía mal corazón.

Lucio V. Mansilla.